

Sandalias en camino ...

Si hablaran mis sandalias, de trillas hablarían, de muchas horas de caminata para llegar a las comunidades de las lomas, para conocer el pueblo en sus hogares... hablarían de piedras, ramas, hoyos y charcos que las van rompiendo! Hablarían de pan y de vida compartidos, de solidaridad, de cansancio amoroso que va abriendo caminos de transformación.

Hablarían con alegría de personas que se acercan, de comunidades que se organizan, de niños y jóvenes que estudian, no importa si se encuentren bajo los árboles o enramadas de chinola... o en espacio construido ya con su trabajo, apoyado por la solidaridad de amigos, de organizaciones eclesiales, no-gubernamentales, que muchas veces intermediamos. Y si fueran cámaras o filmadoras mis sandalias podrían mostrar las sonrisas de niños y adultos en las 26 capillas bien sencillas y en las 8 escuelas construidas por las manos de la comunidad con aportes venidos de la solidaridad, inclusive de nuestra congregación.

La participación comunitaria crece con personas que asumen la coordinación y las diferentes tareas de la comunidad como: catequistas, celebradores/as de la palabra, misioneros/as, alfabetizadores/as, maestros/as...

Por **sandalias en camino** llega el pan a los pequeños, va profundizando el amor a la naturaleza, se mejora la salud, y la vida tiene más calidad. Por las sandalias rotas en la siembra de árboles frutales en pequeñas fundas, en el huerto de nuestra casa, y ofrecidas a quienes desearan cultivarlas, después de 17 años, se enriquece la frugal comida con frutas diversas; las hortalizas dan alegría y buenos nutrientes a la comida compartida en los encuentros.

Gastando sandalias vemos trillas transformándose en carreteras. A buscar, casi a mendigar con distintas instituciones el gasoil, la maquinaria, el acompañamiento en la apertura, las sandalias van rompiendo los caminos, buscando los/las crucificados/as por la lejanía y el olvido de las autoridades.

También quieren hablar mis sandalias de profundización y clarificación de la fe, que se procesa con la ayuda de los encuentros mensuales de estudio, reflexión y oración en cada distrito parroquial, en los sectores de la ciudad, en los grupos de jóvenes; quieren hablar de valoración de la vida, de saber compartido y profundizado en niños, jóvenes y adultos.

Mis sandalias quieren hablar de sed de Dios, de búsqueda por conocer, amar a este Dios de Jesucristo, que nos quiere libres, de búsqueda por servirlo en los hermanos y hermanas, en nuevas relaciones marcadas por el respeto, el diálogo, la participación en la vida comunitaria.

Estas sandalias benditas se unieron en la lucha por el agua pura: estuvieron presentes y actuantes en la construcción de acueductos obra de la participación comunitaria; anduvieron por caminos, calles y callejones a realizar el Proyecto de filtros para purificar el agua en los hogares.

Pero no solamente! La tierra y las personas sufren todavía enfermedades por falta de algunos hábitos básicos de higiene. Así que las sandalias se pusieron en marcha en el proyecto de construcción de letrinas, en defensa de la madre tierra, de la salud y dignidad de las personas.

Oímos el grito de los pequeños que piden pan en el clamor de los agricultores que no tienen semillas porque no hubo cosecha. Las sandalias se van hacia el Ministro de agricultura para resolver la situación, pero saben ellas que necesitan hacer con el pueblo un largo camino de lucha por políticas públicas que favorezcan los pequeños productores.

Pero se alegran mis sandalias con la experiencia de los huertos de frutales: la producción de hortalizas mejora la alimentación de muchas familias integradas. Además de las semillas de frutales, hortalizas, medicinas hay mucha siembra de la Palabra en encuentros de formación, de espiritualidad, de oración. Allí son cultivadas las relaciones de perdón, de amistad, de comprensión del otro, de respeto a los límites y otros valores necesarios a la vivencia comunitaria.

Mis sandalias no solo anduvieron caminos de campo, sino que también en la capital se acercaron a los pobres de las periferias. Por calles y callejones, visitaron a enfermos, compartieron los sufrimientos de las mujeres, cuentearon cuentos a los niños, dieron afecto a los mayores, anunciaron la Palabra de Amor del Evangelio – en apretadas casitas, en habitaciones de enfermos, en “patiecitos” cercanos de las viviendas de ancianos, animaron a defender la naturaleza.

Cuantos pasos, cuantas escaleras peligrosas para bajar a las cañadas donde viven tantos hermanos de quién nadie se acerca, de quién hasta la iglesia está lejos. Muchos pasos se dan para el encuentro con los/las jóvenes, oír sus perplejidades, ayudarlos en el proceso de discernimiento de su vocación, alegrarse con sus conquistas, compartir sus búsquedas e sus sueños... Otros tantos para llegar a la escuela, darle acogida amorosa a los portadores de deficiencias, a los adolescentes dudosos y inquietos, a adultos y saciarles la sed de aprender a leer y a escribir las palabras y la vida.

El pan de la Palabra liberadora llegó a jóvenes y niños, a adultos y ancianos en la catequesis bautismal y eucarística, en los sectores donde la Biblia llega en las manos de los/as que la escribieron: las comunidades de los/las pobres de la periferia donde la Palabra ilumina la lucha por el pan de cada día, las relaciones vecinales, la creación de los niños tan numerosos, la superación de la creciente violencia.

Esto que hablarían mis sandalias lo hablarían tantas sandalias que, a lo largo de los cien años de la congregación, cada hermana puso en camino.

Hermanas Alzineide Pereira e Antônia de Jesus, FFDP; Filomena Bona, Gracia Benvenuta Viel,
Maria Luz Suero Taveras, Maria Fachini, ICF
República Dominicana